

los reyes sean los únicos culpables? El afirmarlo sería como atribuir el despotismo real á los legisladores. Reyes y legisladores concurren á la misma obra; pero nunca son unos cuantos hombres los que hacen el destino de un pueblo. En Roma, los juristas del imperio formularon la doctrina de la omnipotencia imperial; pero sería ridículo decir que los Ulpianos y Paulos fundaron el despotismo del imperio. ¿Por qué los continuos combates entre los partidos que dividían la república acabaron por el cesarismo? Porque el objeto de su rivalidad era la igualdad; es decir, el poder, la dominación, el goce y no la libertad. Las luchas por el supremo poder no pueden tener otro término; y, en definitiva, el culpable es el pueblo. Y no podría ser de otro modo. Un solo hombre, ¿cómo llegaría á imponer su voluntad á una nación, si no tuviese por aliada la voluntad general? Lo mismo sucedió en Francia. Cuando Luis XIV dijo: "*El Estado soy yo*," la Francia no se rebeló contra aquella insolencia; aplaudió á su magnífico monarca y se identificó con él (a). En el siglo XVIII, la filosofía contribuyó á enaltecer la monarquía. Voltaire le hizo la corte por el interés de su causa ciertamente, pero también por afición, puesto que prefería la monarquía, aunque fuese absoluta, al régimen aristocrático del feudalismo. Pero hubo otra escuela que inauguró la democracia moderna. Rousseau no amaba á los reyes, y su ideal era la república; pero ¿aquella república dará la libertad? La libertad á la manera romana, sí; la libertad que consiste en la soberanía. En otra parte diremos lo que significa esa democracia; es un simple cambio de personas: el poder absoluto pertenecía á un monarca. Rousseau lo reivindica para la voluntad general. La Revolución puso esa doctrina en práctica. ¿Es que la Francia fué más libre bajo el régimen del Terror que bajo el régimen de Luis XIV? Es un despotismo que reemplaza á otro. Y ¡cosa notable! el despotismo de la voluntad general acabó por crear un nuevo Luis XIV, que dijo también: *la nación soy yo*.

(a) Toda esta serie de afirmaciones y deducciones flaquea por la base. Los pueblos sufren el despotismo cuando no tienen más remedio que sufrirlo; pero ni le crean ni lo quieren jamás: surge de causas y concausas que la historia revela con sobrada luz. Cuando los pueblos conservan algún resorte, algún germen de vida en sus almas, se libran de la plaga; cuando no, sucumben y dejan á otro su puesto y su misión.—(Nota del Traductor.

VI

¿Á quién se debe acusar en definitiva? Ni á los reyes, ni á los legisladores, ni tampoco á Rousseau; no se debe hacer á un hombre víctima expiatoria de los pecados de toda una nación. Rousseau ha sido extraviado por su idolatría á la antigüedad, de cuyo culto participaba la Revolución. Y ¿de dónde procede? De más lejana fuente que la filosofía, puesto que tiene su origen en un parentesco de raza entre los Franceses y los Latinos. En este concepto no carecerá de interés el hacer constar la extraña afición de los hombres del 89 y del 93 á las cosas griegas y romanas, porque eso será hacer constar la identidad de genio y de tendencias entre la Francia y Roma, siendo esa la verdadera causa que ha extraviado á la Revolución.

Se cuenta que el profesor de retórica de Robespierre le llamaba el *Romano*. Ese entusiasmo por las repúblicas antiguas, dice uno de sus biógrafos, no era particular á Robespierre: "Todos los estudiantes participaban de él más ó menos, y á fuerza de oír á nuestros profesores ensalzar á Esparta, á Atenas y á Roma, salíamos de los colegios hechos Griegos y Romanos más que Franceses," (1). Abundan las pruebas acerca del entusiasmo republicano de la juventud francesa: referiremos algunas, pidiendo al lector que no se apresure, sin embargo, á imputar á los profesores ni á la literatura antigua una tendencia que tiene sus raíces en las profundidades del genio nacional. Carlos Nodier se inclina á hacer responsable á la educación de los horrores del 93: "Nosotros estábamos preparados, dice, para ese orden de cosas excepcional, estudiantes como éramos, á quienes una educación anómala y anormal venía preparando desde la infancia para esas aberraciones; no había que hacer gran esfuerzo para pasar de nuestros estudios de colegio á los debates del foro y á la guerra de los esclavos, admirados como estábamos de las instituciones de Licurgo y de los tiranicidas Armodio y Aristogiton: no se nos había hablado nunca más que de esto. Los más antiguos de entre nosotros contaban que, en víspera de los nuevos acontecimientos, el premio de la composición de retórica había versado sobre preferencia entre Bruto el

(1) *Diccionario de la Conversación*, en la palabra *Robespierre*.

Antiguo y Bruto el Joven. Yo no sé quién le ganó en concepto de los jueces, si el propugnador del Bruto que había matado á su padre, ó del que había dado muerte á sus hijos; pero al laureado le animó el intendente, le acarició el presidente y fué premiado por el arzobispo. El día después se habló de una revolución y se extrañó, como si no debiera saberse que venía preparada en la educación. Esta es una confesión que la filosofía del siglo XVIII no puede menos de hacer á los jesuitas, á la Sorbona y á la universidad," (1).

No, no es la educación clásica la que transformó á los Franceses en Griegos y Romanos; los descamisados del 93 seguramente no habían aprendido su republicanismo en Demóstenes ni en Cicerón. Eso no obsta para que la influencia de Roma y de Grecia en los hombres de la Revolución sea innegable. Ellos mismos atribuyen á la antigüedad el honor del movimiento revolucionario. Oigamos á un regicida: "La educación lo hace todo; por efecto de ella se soporta hoy el despotismo en Grecia, donde antes se adoró la igualdad. Nosotros mismos, si hemos podido alzar nuestras frentes encorvadas bajo el yugo de la monarquía, ha sido porque la feliz negligencia de los reyes nos permitió formarnos en las escuelas de Esparta, de Atenas y de Roma; y habiéndonos familiarizado de niños con Licurgo, Solón y los dos Brutos, y habiéndonos admirado, no hemos pensado cuando hombres más que en imitarlos," (2).

Verdad es que en los primeros tiempos de la República se hubiera dicho que los Franceses se habían transformado en Griegos, y sobre todo en Romanos. Hubo padres que llenaron á sus hijos de nombres de personajes los más famosos que había tenido la república romana por su amor á la libertad y su odio á la tiranía: Bruto el Antiguo y Bruto el Joven desempeñaron un gran papel en aquella especie de confirmación, y hubo muchos que no se contentaron con el nombre de Brutos y asociaron á él el de Scévola ó el de Publicola. Las mismas ciudadanas se enamoraban de Bruto, sin saber bien si se trataba del Antiguo ó del Joven; las que sabían un poco de historia se daban los nombres de Cornelia, Lucrecia ó Servilia; las que no tenían tanta ciencia tomaban el sencillo nom-

bre de Romana, nombre mágico que resumía todas las virtudes de la democracia.

Los legisladores de la República francesa buscaron también el modelo de sus instituciones en las ciudades de Grecia y Roma. El 26 de Noviembre del 93, una tropa de niños de la sección Mucio Scévola se presentó en la barra de la Convención nacional, y uno de aquellos demócratas, de siete años de edad, recitó la historia del antiguo Romano, mereciendo grandes aplausos de la Asamblea, después de lo cual subió Dantón á la tribuna y dijo: "Ciudadanos, el pueblo debe celebrar las grandes acciones de los que han ilustrado la Revolución; es necesario para ello instituir juegos nacionales. Si la Grecia tuvo sus juegos olímpicos, la Francia celebrará también sus juegos populares..." (a) (1).

Se discutía un proyecto de instrucción pública, y los hombres más moderados de la Asamblea no soñaban más que en la imitación de los antiguos. ¿Cómo elevar las generaciones nuevas á la altura de las virtudes republicanas? "Ese medio existe, dice Rabaut, y consiste en esas grandes y comunes instituciones, tan bien conocidas de los antiguos, por efecto de las cuales todos los ciudadanos recibían las mismas impresiones en un mismo día y lugar, por medio de los sentidos de la imaginación y de todas las facultades del hombre," (2).

Hé ahí un legislador poeta que propone seriamente, en nombre del comité de instrucción, restablecer la educación gimnástica, teatral y musical de los antiguos: "Todo se enlaza, dice, en la instrucción pública. Sin la gimnasia, por ejemplo, que constituía la parte principal de los juegos públicos en Atenas y Lacedemonia, no os lisonjéis de tener nunca fiestas que exciten un grande interés y cuyo fin sea útil... Licurgo consideraba los banquetes cívicos como el medio principal de estrechar los lazos que unen á todos los miembros de la ciudad... Sobre todo es necesario cultivar la música, ese arte tan estimado por los legisladores y los filósofos de la Grecia; ese arte el más democrático de todos y cuya poderosa energía no sólo

(a) Aquí añado el autor unas frases que por lo ridículas me parecen tan fuera de lugar que no vacilo en suprimirlas. Si es que están en el *Monitor* reimpresso, creo que han de haber sido variadas por... equivocación. Las frases son: "La Francia celebrará sus días descamisados (*sans culotides*)... Con esos institutos venceremos al universo."—(N. del T.)

(1) *Monitor*, Noviembre de 1793.

(2) *Monitor* del 28 de Diciembre de 1792.

(1) CARLOS NODIER, *Recuerdos*, t. I, p. 88.

(2) CHAZAL, en el *Monitor* del 15 febrero, año VII.

celebra las victorias, sino que las facilita,, (1).

Los hombres más graves participaban de esas ilusiones. Daunón fué el último de los benedictinos, y republicano austero, quería, como el poeta Chenier, que la Revolución se apresurase á restablecer las fiestas nacionales de la Grecia. Diríase que no se trataba más que de imitar y copiar lo que se había hecho en Atenas y en Esparta para consolidar la república francesa: "El medio más eficaz de instrucción pública, decía Daunón, estriba en el establecimiento de las fiestas nacionales: renovad, pues, en el seno de la Francia aquellas brillantes solemnidades que en otro tiempo ofrecían á las Asambleas públicas de la Grecia el deslumbrante espectáculo de todos los placeres, de todos los talentos y de todas las glorias... Renovad, ya es tiempo, aquellas bienhechoras instituciones, y reunid en ellas ejercicios para todas las edades: la música, el baile, la carrera, la lucha, las evoluciones militares y las representaciones escénicas,, (2).

Se acusa á Rousseau de haber producido á Robespierre. La verdad es que la república y la filosofía tienen la misma madre, la antigüedad. Robespierre y Rousseau proceden igualmente de las ciudades de la Grecia y de Roma. El 18 floreal año II, el discípulo de Rousseau expuso á la Convención las ideas de su maestro acerca de religión: eran las del *Vicario saboyano* y las del *Contrato social* formuladas en artículos de ley. ¿Cuáles eran sus autoridades? Los nombres de Sócrates, de Solón, de Licurgo, de Catón, de Bruto, salen á cada paso en su discurso, íbamos á decir en su sermón. Robespierre quiere también fiestas republicanas á la manera de las de Grecia: "De todos los espectáculos, el de un gran pueblo reunido es el más grandioso. Jamás se habla sin entusiasmo de las fiestas nacionales de la Grecia... ¡Cuán fácil sería al pueblo francés dar un carácter más grandioso aún á sus grandes reuniones! Un sistema de fiestas nacionales llegaría á formar el más dulce vínculo de la fraternidad y el más poderoso medio de regeneración,, (3).

Como se ve, la imitación de la antigüedad era cosa seria para los revolucionarios. ¡Espectáculo singular! Rompieron con el pasado monárquico,

(1) *Monitor* del 20 de Septiembre de 1794.

(2) *Monitor* del 24 de Octubre de 1795.

(3) *Monitor* del 18 floreal, año II.

repudiaron la tradición religiosa; pero es imposible á la humanidad romper la cadena de los tiempos: en el momento en que Francia abandonaba la monarquía y el cristianismo, se apegaba á otra tradición, á las repúblicas de la antigüedad. La idea de república estaba como encarnada en algunos grandes nombres; volver á las instituciones célebres de Solón, de Licurgo ó del pueblo rey, era inaugurar la era definitiva de la libertad y de la igualdad. Apenas se proclamó la República tratóse de dar á conocer las constituciones de la Grecia y de Roma, y de satisfacer esta necesidad se encargó un literato, el ciudadano Gueroult, profesor de retórica en el colegio de Harcourt, publicando una colección de las constituciones griegas y romanas, que fué acogida con extraordinario favor, hasta el punto de que la Convención concedió al autor una recompensa nacional. Los periódicos recomendaron la obra á todos cuantos se interesasen por la organización de la nueva república: "Si hay algún libro interesante para el legislador que construye el edificio y para el ciudadano que debe juzgar de él, es indudablemente el cuadro de las tres más célebres repúblicas que se han distinguido por la virtud, por las artes y por la gloria. Recomendamos, con ese objeto, el trabajo del ciudadano Gueroult,, (1).

¿Eran solamente algunas formas, algunos nombres lo que pedían á las repúblicas antiguas? No, era la idea misma de libertad, porque la libertad para ellos se confundía con la república, y la república eran Atenas, Esparta y Roma. Acerca de este punto todos los partidos estaban de acuerdo; los girondinos participaban de las ilusiones de los montañeses. Oigamos por de pronto á madama Roland: "Diríase que en la educación que he recibido, que en las ideas que he adquirido por medio del estudio, todo se había combinado para inspirarme el entusiasmo republicano. En mis lecturas me apasionaba por los reformadores de la desigualdad; me consideraba Agis y Cleomenes en Esparta; me unía á los Gracos en Roma, y, como Cornelia, hubiera reprendido á mis hijos de que no se me conociera más que por la suegra de Scipión. Yo me había retirado con el pueblo al monte Aventino y yo había votado con los tribunos,, La *libertad* para madama Roland era, pues, la *igualdad*,

(1) *Monitor* del 9 de Noviembre de 1792.

y se declaraba republicana porque la república daba la igualdad. Esa es la libertad que ella saluda en el 89, y el 22 de Junio de 1790 escribe desde Lyon: "El cielo no ha querido que yo fuese testigo de ninguno de los grandes espectáculos de que Paris acaba de ser teatro y de que habría gozado inmensamente; pero yo me he indemnizado entregándome con transportes de júbilo á todos los sentimientos que han debido enardecer á todas las almas sanas. Me acuerdo con ternura de aquel instante de mi juventud en el que, nutriendo mi corazón en el silencio del retiro con el estudio de la historia antigua, lloraba de despecho por no haber, nacido Espartana ó Romana. No tengo ya nada que envidiar á las repúblicas antiguas; nos alumbró ya un día más claro,, (1).

Cuando madama Roland vió de cerca los nuevos Espartanos, sus ilusiones dieron lugar á amargos desengaños; pero si los hombres no estuvieron á la altura de las ideas, no por eso perdió su fe en ellas madama Roland, la cual murió como una Romana.

Los montañeses tenían las mismas ilusiones acerca de los antiguos y contaban con sobrepujarles. Saint-Just, aquel joven fanático que enviaba á Dantón al cadalso, decía: "El mundo está vacío desde los Romanos, pero su memoria lo llena y aun profetiza la libertad,, (2). Otro día exclamó con cierto orgullo de sí mismo: "Si la república romana renaciera, se enorgullecería de nosotros,, (3). La virtud y la república eran sinónimos para los montañeses: "Nosotros queremos, dice Robespierre, todas las virtudes y todos los milagros de la república en lugar de todos los vicios y de todas las ridiculeces de la monarquía,, ¿Como realizará la Francia sus prodigios? Por el hecho solo de ser república. La democracia es como un talismán: prueba de ello las célebres ciudades de la Grecia: "Si Esparta y Atenas han triunfado de los tiranos del Asia, no hay que atribuirlo á otras causas,, Robespierre quiso dotar á la Francia de aquella felicidad fundando el régimen del Terror: "El Terror no es otra cosa que la justicia pronta, severa, inflexible; es, pues, una emanación de la virtud; más que un principio particular, es una consecuencia de

principio general de la democracia aplicado á las más apremiantes necesidades de la patria... El gobierno de la Revolución es el *despotismo de la libertad* contra la tiranía,, Había que justificar este *despotismo de la libertad* con la autoridad de los antiguos, y no faltaron las pruebas. Camilo Desmoulins invocó la historia del imperio romano contra el régimen sangriento del Terror; pero ¿qué entendía él? Oigamos á Robespierre: "Se quejan de la detención de los enemigos de la República; se buscan ejemplos en la historia de los tiranos, porque no se quieren buscar en la de los pueblos libres ni en el genio de la libertad amenazada. En Roma, cuando el cónsul descubrió la conjuración y la sofocó en el acto con la muerte de los cómplices de Catilina, se le acusó de que había violado las formas; ¿y por quién? por el ambicioso César, que quería engrosar su partido con la horda de conjurados; por los Pisones y los Clodios, y por todos los malos ciudadanos que temían la virtud de un antiguo Romano y la severidad de las leyes,, (1).

De esta manera la república es el *despotismo de la libertad contra la tiranía*. Nunca se ha definido mejor la libertad antigua, la libertad como la querían establecer los hombres del 93. ¡Singular *libertad* el despotismo! ¿No es el despotismo sinónimo de tiranía? Verdad es que bajo la República, los Franceses tuvieron la ventaja de ser despotizados por la libertad, ó al menos en nombre de la libertad, mientras que bajo el antiguo régimen estaban despotizados por un rey. Pero ¿qué ganaron en esto? un nombre, la libertad. En el fondo no había cambiado nada. En realidad, el despotismo había continuado el mismo, sólo que bajo la República tomó un aspecto de legitimidad, puesto que se ejercía en nombre del pueblo, y fué por ello tanto más irresistible. Vamos á ver en la práctica el *despotismo de la libertad*. Robespierre invoca la libertad para justificar el Terror. En efecto, la libertad, cuando se la confunde con la soberanía nacional, lo legitima todo (a).

(1) *Monitor* del 7 de Febrero de 1793.

(a) Los revolucionarios franceses del 93 sabían bastante más que Mr. Laurent en materias de libertad y de soberanía. Sabían que lo primero que un pueblo necesita para ser libre es ser dueño de sí mismo. ¿De qué sirven á un pueblo todas las declaraciones de derechos individuales, si quedan á merced de las clases oligárquicas? Vale lo mismo que si se escribieran en el agua. Mientras que los gobiernos dispongan de los ejércitos de la administración, de la justicia y de la hacienda pública, los

(1) MADAME ROLAND, *Memorias*, t. I, p. 161.—Id., *Correspondencia*, p. 287.

(2) SAINT-JUST, *Dictamen* leído el 30 de Marzo de 1794.

(3) SAINT-JUST, *Dictamen* del 15 de Abril de 1794.